

haroldo conti:

“era nuestro adelantado”

Conocí al padre Castellani y en cierta forma conviví con él, pues de hecho vivíamos bajo un mismo techo, en el Seminario Metropolitano Conciliar de Villa Devoto que en ese tiempo estaba en manos de los jesuitas. Yo era amigo, en realidad, del padre Hernán Benítez que entonces editaba una revista llamada SOLIDARIDAD. Yo dibujaba las tapas de esa revista y recuerdo que me costaba una barbaridad pronunciar claramente esa palabra. Por lo general decía solilaridad. Bueno, el caso es que como Benítez era muy compinche de Castellani a veces tenía oportunidad de verlo de cerca. Nada más que eso. En general, Castellani era un lejano y legendario fantasma que transitaba furtivamente por los pasillos penumbrosos del seminario provocando gestos y cuchicheos entre nosotros que lo admirábamos más bien de oídas. Concretamente yo, que en esa época vivía impresionado por Chesterton, había leído apenas Las nueve muertes del padre Metri. Después leí sin entender demasiado “La crítica de Kant”, en colaboración con Joseph Maréchal S. J., de quien se decía que era su continuador. Creo que lo que más me llegó fue su estilo, sobre todo en el rebate a Gar-Mar, porque por primera vez observé que se podía expresar cualquier cosa con un lenguaje argentino. Imagínense ustedes ver citar a Culacciatti y al vigilante de la esquina en un trabajo sobre Kant e incluso encontrar en ese mismo trabajo frases como ésta: “¡Hua'tigre viejo grandote potí!”

Los tres grandes en aquel tiempo eran para nosotros, pichones de cuervos, el padre Benítez, que de predicador de la aristocracia rumbeó luego para el peronismo y ahora, ya viejo, cuando querrá volver a encontrarlo, se quedó nada más que con la Eva y Camilo Torres, el padre Berro que, como los magistas, era tan importante que no se notaba, y Leonardo Castellani, un gigante de ojos saltones que caminaba por los pasillos rumbo a sus



Conti en sus años de seminarista. Atrás, la galería por donde paseaba el padre Castellani.

grandezas bamboleándose como un barco, dentro de una sotana corta, con una mano encajada en la faja de jesuita y a veces un bonete francés y creo que con un par de botas que asomaban por debajo de la sotana. Su “Crítica Literaria” en ediciones Penca de 1945 fueron mi primera reflexión seria sobre la literatura, **algún tiempo después**. Traía un prólogo justamente del Padre Benítez con el rebuscado título, que aún recuerdo, de **palique preliminar**. A Benítez le gustaba usar palabras de diccionario. Allí se hablaba de mis devociones de entonces: Chesterton, Hugo Wast, Paul Claudel. Entonces se me pasaron de largo Lugones, Ponferrada, Jacobella, Jorge Guillén y otras figuras más cercanas que Castellani trataba de introducir en nuestro reducido mundo que incluía muy vagamente, suponía tan solo, a la Argentina. En resumen, era nuestro adelantado. Pero no nos dimos cuenta.



entrevista a

julio irazusta

“jamás perdió la voluntad de trabajar”

—¿Cuál fue el comienzo de su relación con el padre Castellani?

—El padre Castellani es de la misma edad que yo; creo que cumple años unos meses antes. Se ordenó en 1930, creo que en el mismo año en que se casó Ernesto Palacio. Enseguida de la revolución empezó ya a publicar; en esa época lo conocimos. Escribió desde Europa un artículo muy bueno, que envió a Crisol, sobre una conferencia de Siegfried, acerca de nuestros países, señalando el error de todos estos grandes sociólogos que, creo, no comprendían bien la economía del continente.

El padre Castellani ha colaborado con nosotros intermitentemente, en varias ocasiones, una vez o dos con su nombre pero generalmente con seudónimo y brillantemente. En la época de la guerra, cuando nosotros tuvimos “Nuevo Orden” y “La voz del Plata”, él escribió dos artículos. Uno se llamaba “La rebelión de los sacristanes”, el otro “La religión de Hitler”, con una gran superioridad intelectual, poniendo bien las cosas en su punto. Hubo varios, todos muy buenos; hasta que un día se presentó en la redacción de “Nuevo Orden” diciendo que cesaba su colaboración con nosotros porque se había hecho fresquista; él fue de los que creyeron que Fresco... me acuerdo que, cuando él me dijo eso, yo le pregunté si era fresquista para la revolución nacional; me dijo que sí. Entonces yo le contesté que me parecía que era muy difícil que con un hombre que significaba lo contrario de una revolución se pudiera hacer una revolución. Es decir que Fresco significaba, el nombre de Fresco, como esas grandes palabras que dice Platón que es lo único que el pueblo entiende, palabras gruesas. Fresco quería decir violación de la ley, porque como gobernador de Buenos Aires había ido al comicio y había cantado su voto, violando la ley.

Entonces, el padre Castellani me dijo que se iba “la mitad fresquista de lo que había entrado”.

Después, también nos apartó el peronismo, porque él fue peronista, candidato de la Alianza Libertadora a diputado nacional. Nosotros, desde el principio no sólo juzgamos desfavorablemente al pero